por inspiración divina. Estos tres puntos son claros y no admiten duda; por lo cual, no debe despreciarse ninguna profecía, aunque manifiestamente venga del demonio, sino que se la debe estudiar antes de rechazarla.

»Una profetisa ó pitonisa, que parece inspirada por el demonio, ví yo por gran casualidad; le hice unas preguntas, y me predijo cosas que me han acontecido al pie de la letra. También me dijo que al fin triunfaría. Suceda ó no esto, no me burlo de ella como me burlaba antes».

Esta pitonisa es la misma sibila de quien habla la carta del artículo precedente. Examináronla una comisión de médicos y otra de teólogos, y unos y otros se quedaron sin saber qué decir, conviniendo solamente en que no eran naturales los transportes sibilíticos de la joven. En París la conocen todos.

Gastón Mery, el conocido periodista que dió publicidad á todos los vaticinios de esta sibila, preguntóle en cierta ocasión por el nombre del Gran Monarca, y respondió ella, según leemos en el folleto *Guerre et Révolution*, publicado en 1896 por el barón de Novaye, que su nombre significa *partisan d' Henri V*. Creemos que esto se refiere á la legitimidad, de la cual será el Gran Monarca un campeón infatigable, antes de empezar á obrar como enviado de Dios. Tal vez esto tiene también alguna relación con las *Reveries d' un marechal de France*, publicadas por M. Deodat de Boispreaux, en las cuales se lee:

«El Gran Monarca purificará el trono de los Borbones... y realizará el sublime pensamiento del *Padre del Pueblo*, esto es, del gran Enrique».

Una de las señales de la inminente aparición del Gran Monarca será el desquiciamento de Inglaterra; y en efecto, conforme con otras profecías, dice la del Venerable P. Nectou, jesuita:

«Cerca estará este acontecimiento cuando Inglaterra empiece á quebrantarse. Esto se conocerá como se conoce que el verano se acerca cuando las hojas de la higuera empiezan á brotar».

Esto mismo anuncia la sibila parisiense, diciendo que «Inglaterra será desmembrada porque en todas partes ha usurpado». Los heroicos boers empezaron á hacer buenos estos vaticinios.

Volviendo al tema de «Masque de Fer», al mismo Gaston Mery declaró la sibila que «desde hace algunos siglos, los reyes de Francia eran usurpadores del trono»; y refiriéndose á «Masque de Fer», añadió: «Fué su hermano menor el que reinó», esto es, Luis XIV. El célebre Martín dijo también á Luis XVIII que no le pertenecía la corona.

Nosotros, después de muy meditado el tenebroso asunto de «Masque de Fer», pensamos que puede darse una versión no contraria, mas sí diferente de lo que supone la carta copiada arriba. Es que «Masque de Fer», que parece tuvo siempre esperanza de que al fin se reconociese su derecho, ó por lo menos se le dejase en libertad conservando su rango, desesperando ya de todo y convencido de que acabaría sus días en aquella cárcel de tantos años, ignorado del mundo y casi sin conocer la dicha de la libertad, prefirió ésta á todos los derechos de su sangre.

Entonces debió de hacer á su tirano hermano tan solemne promesa de guardar secreto y expatriarse, y de tal modo debió de representarle los tormentos de su cárcel, que por fin Luis XIV se resolvió á ponerlo en libertad. Y «Masque de Fer» salió de la Bastilla y se vino á España, resuelto por su palabra empeñada y por su propio decoro á no decir jamás quién era, pues no pudiendo dar la menor prueba, hubiera pasado por loco, como le sucedió á Naundorff llamándose Luis XVII, no obstante las atendibles razones que alegaba en su favor. Así, pues, si en España hay descendientes de «Masque de Fer», seguramente hallaréis vestigios de él y de ellos entre los que más se distinguieron por el archiduque Carlos contra Felipe V.

Tal vez los críticos tendrán esta versión por poco

sólida. Sea lo que fuere, podemos asegurar que sólo ella explica la misteriosa desaparición, llamada «muerte» de «Masque de Fer», y sólo ella las palabras atribuídas al gobernador de la Bastilla, el terrible Saint-Mars, que dijo al capellán del castillo cuando éste se le quejó de no haber sido llamado á asistir á «Masque de Fer» *moribundo:*

«Monsieur, se ha hecho lo que era menester, y aquí no sois vos el más perjudicado. El Rey me lo dió y el *Rey me lo ha quitado.* Ni yo ni nadie tiene derecho á decir una palabra».

Tampoco nosotros, lector, añadiremos otra. Los tiempos vuelan; el Gran Monarca llega... Pronto se sabrá si hemos acertado.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

IV

«Masque de Fer» y Luis XVIII.

Una de las versiones que se han tenido y tienen por auténticas acerca de este tenebroso misterio borbónico, dice que el famoso «Máscara de Hierro»—castellanicemos ya el nombre—era el ministro mantuano Matthioly. Una revista ilustrada de Madrid lo afirmó no hace mucho, y poco después, á 17 de Enero último, se corrigió diciendo:

«Ahora vuelve á afirmarse, y con mayores bases de fundamento que nunca (1), que el «Máscara de Hierro» fué un hermano gemelo de Luis XIV (2), conforme lo supuso Alejandro Dumas en sus *Tres Mosqueteros.*

«En el último número de *L' Intermediaire des Chercheurs et Curieux* se cita una conversación sostenida por Luis XVIII

---

(1) Ya ven nuestros lectores que no somos los únicos en ocuparnos de la cuestión. Los tiempos han llegado: Dios hará que se descubra el misterio, si por ventura conviene descubrirlo.

(2) Opinamos, y nos parece cierto, que fué hermano primogénito, y quizá no de un mismo parto.

con varios individuos de su familia y de su corte, entre los cuales se encontraban el conde de Artois, el duque y la duquesa de Angulema, el duque de Berry, el príncipe y la princesa de Condé, el duque de Borbón, etc.; en la cual, hablando del «Máscara de Hierro», dijo:

»Es un misterio que me ha interesado siempre mucho, é insté varias veces á mi hermano (Luis XVI) para que me lo revelase, y otro tanto hice con algunas de las personas que suponía informadas del asunto. Todas mis instancias y todas mis súplicas fueron inútiles. Mi hermano se negó en absoluto á decirme nada. Lagrange Chaucel afirma que al ir Saint-Mars á recoger al preso para llevarle á la Bastilla, éste dijo al alcaide: «¿Quiere el rey quitarme la vida?» Y Saint-Mars contestó: «No, príncipe, la vida de Vuestra Alteza está segura». (Según esto, no puede ser Matthioly). Si el secreto guardado con tantísimo rigor no tenía una importancia extraordinaria, no se comprende que hubiese sido transmitido con tal misterio de reinado á reinado. Yo sé que cuando le descubrieron el secreto á mi hermano, lloró.

»Me inclino á participar de la creencia general de nuestros contemporáneos, que piensan que el Máscara de Hierro era un hermano gemelo (el mayor) de Luis XIV. Puede afirmarse que Luis XIV reveló en los últimos instantes de su vida á su sobrino Felipe de Orleans que había existido otro heredero del reino de Francia. Confió, sin duda, al regente las pruebas escritas de este gran secreto de Estado, con encargo de que lo transmitiera al joven rey el día de su mayoría de edad, y así sucesivamente éste á su descendencia (1).

»El joven rey (Luis XV) habiendo leído en el *Siglo de Luis XIV* de Voltaire el episodio del Máscara de Hierro, pidió al regente que le revelase quién era aquel misterioso personaje; el regente no se creyó en el deber de revelar aquel importante secreto hasta que el rey fué declarado mayor de edad.

»Más tarde, el Delfín suplicó también á Luis XV que le revelase el secreto, pero el rey le contestó: *Más vale que lo ignoréis, porque os causaría demasiado sentimiento.*

»Mi hermano Luis XVI fué siempre impenetrable en este asunto para su familia y sus ministros; creo que no lo reveló ni á la misma reina María Antonieta. Las desgraciadas cir-

(1) ¿Para qué, si Máscara de Hierro había muerto años antes en la Bastilla como se dice? Esto parece probar que al morir Luis XIV vivía su hermano, y que tenía descendencia, sin duda desconocida ya. Todo lo que sigue lo confirma.

cunstancias de la muerte de mi hermano le impidieron sin duda revelarlo antes de su muerte».

«En 1804—añade *Alrededor del Mundo*—Napoleón encargó á Talleyrand y á Moret que hiciesen investigaciones sobre el Máscara de Hierro en los archivos de Estado; pero parece que no hallaron nada. En Diciembre de 1818 el duque de Richelieu, hallándose poniendo en orden sus papeles y los de su familia en compañía de su amigo el conde de Rayneval, que después fué embajador en Madrid, el duque se puso de repente muy grave, y dirigiéndose á M. de Rayneval con un papel en la mano, le dijo: *Mirad, aquí tenéis los papeles que contienen el famoso secreto del Máscara de Hierro. Leedlos.* Rayneval tendió vivamente la mano para coger el legajo misterioso; pero el duque de Richelieu se arrepintió de repente, y cogiendo los papeles, los echó al fuego exclamando: «No; más vale que esto continúe siendo ignorado».

Hasta aquí la revista mencionada, algunos de cuyos detalles nos parecen muy discutibles, bien que otros son de gran valor. Añadiremos uno por nuestra parte. En un opúsculo de Gastón Mery leímos, y hallamos reproducido en *Guerre et Revolution*, del barón de Novaye, que pasando el duque de Parma cerca de la isla de Santa Margarita, dijo: «He ahí la cárcel de Máscara de Hierro. Yo sé muchas cosas de él, y mi tío Chambord poseía todos los documentos que hacen al caso».

Si esto es verdad, y no hay razón para dudarlo, puede colegirse que todos ó gran parte de dichos documentos están en poder del Sr. Duque de Madrid, el cual, por ende, puede sospechar, poco más ó menos, por dónde andan los descendientes de Máscara de Hierro.

(*Luz Católica*, núm. 19=7 Febrero 1902).

V

El misterio de «Máscara de Hierro»

Recientemente se renovó en París la actualidad del misterioso y horrendo crimen cometido por Luis XIV

en la persona de su desventurado hermano *Máscara de Hierro*, con ocasión de las excavaciones hechas en el sitio que un tiempo fué el cementerio donde se suponía fué enterrada la víctima de aquel gran tirano. Con este motivo publicó *La Libre Parole*, á 9 de Diciembre último, un largo artículo, del que traducimos los párrafos siguientes:

«Por los años 640, el Prior de *Saint-Eloi* erigió en dicho lugar una capilla rodeada de un cementerio; capilla que en el siglo XII pasó á ser iglesia parroquial de *Saint Paul-des-Champs*, que subsistió hasta la Revolución. En este cementerio de San Pablo eran enterrados los católicos que morían presos en la Bastilla, y en aquel mismo terreno fué inhumado á 20 de Noviembre de 1703 el enigmático *Máscara de Hierro*.

»Las excavaciones dieron actualidad al antiguo prisionero de Saint-Mars. Guiados probablemente por las memorias de ultra tumba, algunos periódicos indicaron gravemente el lugar *preciso* de su sepultura, y algunas revistas ilustradas dieron la fotografía del monumento funerario: un resto de columna en una ligera elevación del terreno.

»Hízose allí una verdadera peregrinación. Sabios, curiosos, anticuarios, afluyeron al sitio de las excavaciones, turbando la monotonía de aquel rincón del viejo París. Despuès, como que todo pasa en este mundo, no se habló más.

»Nos pareció curioso conocer el resultado de las excavaciones, así como instructivo é interesante saber qué había podido motivar la súbita exhumación de nuestro enigma histórico. Nadie estaba en mejores condiciones de satisfacer nuestra legítima curiosidad, que el autor de las repetidas excavaciones; por lo tanto, fuimos al *hotel* Carnavalet, en donde nos recibió muy amablemente M. Sellier, inspector de aquellas excavaciones arqueológicas».

Añade *La Libre Parole* que M. Sellier le habló de piedras esculpidas, blasones, capiteles, columnitas, funerarias, monedas de cobre, restos informes, osamentas y otras cosas halladas, y prosigue de esta manera:

—«¿Y el *Máscara de Hierro?* le preguntamos:

»Sonriendo y mirándonos burlonamente nuestro eminente interlocutor, nos respondió:

—«¡Oh! he ahí la gran cuestión. Yo la conozco *á fondo* y me es fácil responderos. Hasta el fin de las excavaciones y por deber de conciencia, he puesto muy particular atención en el

ángulo sud-oeste del terreno en que una porfiada tradición, *del todo injustificada hasta el presente,* sostiene que fueron depositados los restos de *Máscara de Hierro.* Toda solicitud ha sido inútil; pero esto no me sorprende, pues era de esperar.

—Pues ¿qué es, según vos, lo que pudo dar fundamento á esa porfiada tradición?

—Como en todas las leyendas, bastó, al parecer, que un cualquiera, farsante ó iluso, indicase un sitio donde afirmaba estar la tumba del huésped de la Bastilla; pero nada, absolutamente nada precisa en qué sitio fué enterrado *Mathioly.*

—¿Mathioly ó Borbón? observamos nosotros.

—No, respondió muy seriamente M. Sellier; la cuestión está resuelta y *el nombre que consta en la partida de defunción es exactamente el de dicho personaje.* Con ayuda de piezas auténticas, de documentos sacados de diferentes partes, pero más particularmente de los archivos de la Bastilla, el conservador de la Biblioteca del Arsenal ha establecido irrefutablemente la identidad del personaje y reconstituído su estado civil. Habiendo sido primero espía del duque de Mantua y de Luis XIV después, llegó un día en que éste hizo *embastillar* á Matthioly, por detentador de secretos de Estado. No es permitido dudar ya en este asunto. En cuanto á la leyenda...

»Terminada así una tan instructiva audiencia, nos despedimos de M. Sellier dándole las gracias. Pensamos que el resultado de las investigaciones no será muy del agrado de los manes de nuestro inmortal Dumas, ahora que, por final de la carrera, deja sin empleo á los *Quatre braves Mousquetaires».*

Hasta aquí *La Libre Parole* y su mentor M. Sellier. No dirán nuestros lectores que ocultamos las razones adversas á las nuestras en pro de la realidad del príncipe *Máscara de Hierro,* hermano primogénito de Luis XIV. En cuestiones opinables, el amante de la verdad presenta y estudia el pro y el contra.

Razones adversas hemos dicho, y en verdad es mucho decir. ¿Dónde están esas razones? *La Libre Parole* no da ni una, fuera de la autoridad que atribuye en crítica histórica á un arqueólogo que puede ser eminente sin descollar en aquélla, como no descuella M. Sellier. Y aunque este señor tuviera tanta autoridad como aquel periódico le atribuye, ¿hay que creerle por su palabra? De ningún modo, pues él mismo no la

halla fuerte y acude á la autoridad del conservador de la Biblioteca del Arsenal.

Ahora bien; si no andamos muy equivocados, el tal conservador es M. Marius Topin, autor de la obra *L' Homme au Masque de Fer*, cuya sexta edición (París, 1883) tenemos á la vista. De todos modos, nos parece difícil que puedan acomularse más documentos y razones contra la realidad de *Máscara de Hierro* tal como nosotros la defendemos con muchos autores, que los que acumula la obra de Topin; y por añadidura, la «Academia Francesa» coronó esta obra con el premio de Historia.

Pues con ser tan documentada y razonada la obra de Topin, á nosotros nos convenció de lo que no creíamos. Teníamos por fábula la enigmática realidad de un *Máscara de Hierro* hermano de Luis XIV; buscamos en muchas librerías de París obras críticas sobre el caso, y no hallando ninguna como la de Topin, la estudiamos con detenimiento.

Cosa rara; no creyendo en el *Máscara de Hierro*, y estudiando al principal refutador de este personaje, nos convecimos plenamente de que *Máscara de Hierro* era indudablemente hermano de Luis XIV; porque la obra de Topin pretende dar tal extensión lógica á sus documentos, deduce de ellos tantas y tan latas consecuencias, que lo menos que se le puede objetar es el axioma dialéctico: *quod nimis probat nihil probat;* lo que prueba demasiado no prueba nada.

Gran cosa es la crítica bien manejada dentro de sus límites lógicos: pero la criticomanía, esto es, el prurito de criticarlo todo á tuertas ó á derechas, es una de las plagas literarias más funestas de nuestra época y la más allegada al racionalismo: pretendiendo el triunfo de la razón, la oprime y extravía. Ese nos parece el defecto capital del libro de Marius Topin, que parece, además, responder al interés de algunos Borbones, orleonistas, legitimistas, bonapartistas y aun de

muchos republicanos, y en general de todos los franceses, que no quisieran hallar tales borrones en la historia de reyes como Luis XIV.

Es decir, que en este punto la crítica no parte desembarazada en averiguación de la verdad, sino que parte con la carga de un interés preconcebido, sea dinastismo, patriotismo falso, ó amor propio de distinguirse con una solución tan buscada por ingenios eminentes. De ahí que se caiga, como Topin, en tales vicios de lógica, en inconsecuencias tales, que á primera vista se descubren. Pongamos un ejemplo.

Marius Topin, como todos los autores que de esto tratan, describe del principio al fin de su obra las ingeniosas é inauditas artes empleadas por Luis XIV para que no se descubriese quién era el *Máscara de Hierro*, cuya existencia nadie osó negar hasta el presente; y no sólo hace mérito de dichas artes, sino de los muchos crímenes que fueron menester para guardar el secreto. De suerte que, tal como él se expresa, y así es como se expresan también los demás autores, apenas se hallará en la humana historia secreto más tenebroso y bien guardado, ni que más interesara á Luis XIV y su descendencia, ni que tantos crímenes y astucias y gastos exigiera. No parece sino que Luis XIV estuviera dispuesto á ceder una parte de sus Estados por conservar el secreto.

Pues bien: Marius Topin, que todo esto pone en relieve, porque es la pura verdad, entierra la lógica en la misma tumba de *Máscara de Hierro* para afirmar categóricamente, que éste era el mantuano Martthioly, ni más ni menos, según consta del acta de defunción del mismo, cuyo facsímile pone en su obra. ¿A qué venía, pues, tan horrible y pertinaz aparato de secreto, de eterno secreto, y cuán memo era Luis XIV, que no supo precaver se lo violase una partida de defunción? Jamás pudo saberse el nombre del preso enmascarado; entre sombras y misterios impenetrables mu-

rió y fué sepultado; quiso Luis XIV que el secreto le acompañase de tal modo á la tumba, que ni la crítica más aguda pudiese descubrir la verdad; sin embargo, según Topin, una partida de defunción en los registros de la iglesia de San Pablo lo descubrió todo á cuantos presentes y venideros quisieran leerla. ¿Hay crítica en el mundo que admita semejante manera de razonar?

Por otra parte, si de un documento tan auténtico como aquella partida, consta que el *Máscara de Hierro* era Matthioly, y que éste fué encerrado en el cementerio de San Pablo, ¿cómo explica Topin el obstinado secreto que guardaron, según el mismo Topin y todos los autores, Luis XV, Luis XVI, Luis XVIII y otros Borbones, más ó menos conocedores de lo que encerraba aquel negro arcano? ¿No era necio guardar tal secreto, de una cosa tan pública y bien documentada? Y pues tan sumo interés tuvieron Luis XIV y sus descendientes en que jamás se descubriese el misterio, ¿por qué no hacían desaparecer aquel documento traidor?

Lo que todo esto prueba terminantemente es que para los Borbones no tiene importancia alguna la tal partida de defunción de Matthioly; ó si la tiene, es probablemente la que quiso darle Luis XIV, esto es, la contraria de la que supone Topin; ó más claro, quiso Luis XIV despistar á los críticos de entonces y después, fingiendo con aquella partida que el *Máscara de Hierro* era un cualquiera, muerto en la Bastilla y enterrado en San Pablo; pero muy probablemente puesto en libertad, por las razones que ya dimos arriba.

Lo cierto es que el nombre del discutido difunto, pásmese el lector, en la famosa partida no es Matthioly, sino *Marchioly*. Consta del mismo facsímile que nos da la obra de Topin. Pues según esto, ¿de dónde sacan que el difunto de tan amurallado secreto

era el ministro mantuano Matthioly, si no se fundan más que en la partida de defunción, y ésta le llama *Marchioly?* Es que, responde Topin, entonces se escribían los apellidos con mucho descuido, y se cometió la torpeza de poner *Marchioly* por *Matthioly*. ¡Brava salida! Pero, ¿cómo lo prueba Topin? De ninguna manera; él lo dice, y hay que creerle. Y basta que él lo diga, para que Mr. Sellier afirme á *La Libre Parole,* y ésta repita como punto indiscutible, que el difunto era el *Máscara de Hierro*, y éste era el mantuano Matthioly con todas sus letras.

Nos hemos extendido en refutar este punto porque es el fundamento principal de la obra de Marius Topin, invocada por Sellier y muchos otros. De análoga vanidad adolecen los demás documentos y razones que alega dicho autor; pero los límites de un artículo no nos permiten refutarlos. Quizá algún día lo hagamos en un libro consagrado expresamente al asunto.

Después de todo, nos parece una puerilidad muy indigna de hombres serios el pretender que, pasados doscientos años de la inhumación de Marchioly, y dado el gran secreto del crimen de Luis XIV, se hallasen ahora, en las excavaciones del que fué cementerio, restos ó huesos que aclarasen las dudas; y pues no se han hallado, y de esto deducen que allí no fué enterrado tal hermano de Luis XIV, de las mismas razones se deduce que tampoco lo fué el mantuano Matthioly. Por lo tanto, no habiéndose hallado vestigio alguno en pro ni en contra, la cuestión queda como estaba, y todo lo que de las *fouilles* ó excavaciones se ha sacado es confirmar de algún modo lo que dijo *Luz Católica* hace dos años: que *Máscara de Hierro* no murió en la Bastilla ni fué enterrado en San Pablo, sino que se fingió ser así mediante el cadáver de otro, á quien llamaron *Marchioly*.

(*Luz Católica*, núm. 117=1 Enero 1903).

VI

Máscara de Hierro profetizado por Nostradamus.

Dijimos en otras partes la poca fe que nos merecieron las predicciones de Nostradamus hasta que, poco ha, las leímos con el necesario detenimiento para convencernos de que estábamos en error. Insinuamos también que en dichas predicciones habíamos hallado varias referentes á «Máscara de Hierro». Indudablemente en los cuatro mil versos que contienen las *Centurias* hay mucho relativo á este personaje misterioso y á sus descendientes; pero confesamos que la falta de tiempo para estudiarlo no nos permite ocuparnos ahora sino de lo más claro, como es un pasaje que los comentadores del vidente de Salón aplican á Luis XIV y su discutido hermano.

Los versos que citaremos son de la primera Centuria, desde la estrofa 94 hasta la 97 inclusive. Los comentarios serán, por lo general, simples pasajes tomados de los autores que citaremos, diferenciándose de este modo nuestra exposición de todas las conocidas hasta el día y siendo, sin duda, la de mayor autoridad, por los autores que la confirmarán.

I

Au port Selin le tyran mis a mort.

El tirano es condenado á muerte en el puerto Selín. (1)

---

(1) De *selene*, griego, que significa *luna*. Prescindiendo de otras interpretaciones, que legítimamente pueden darse á esta palabra, *selino* quiere decir variable como la luna, y conviene á Corbie, plaza fuerte de la frontera francesa por el lado de Flandes, en donde la fortuna varió como la luna, ora en pro de los franceses, ora de los españoles. En las montañas de Corbie, durante el sitio de los franceses, sucedió lo que dice el vidente: por añadidura, adviértase que también se llaman *puertos* las altas montañas donde hay una garganta que da paso á los viajeros.

«Los españoles sitiaron é Corbie, última plaza fuerte de los franceses, y la tomaron. La consternación fué extrema en París. Acusábase generalmente al Cardenal (Richelieu, ministro de Luis XIII) de no haber sido previsor. Era él, decían, el que atraía sobre el reino la cólera del cielo, gracias á los sentimientos que excitaba en el corazón de los hijos contra su madre (la de Luis XIII, Catalina de Médicis). El rey mismo no pudo librarse de los terrores que da el remordimiento...

»El conde de Soissons vino en conocimiento de que el rey sospechaba que él era en gran parte la causa de tantos desastres; y á su juicio, el monarca no podía recibir más que de Richelieu estas malas impresiones. Enfurecido, pues, por la calumnia, tomó la resolución de vengarse, y logró interesar en su proyecto al duque de Orleans, Gastón (hermano del rey), que gemía bajo la tiranía del Cardenal, rodeado de espías con nombre de domésticos, contrariado en sus gustos, que era necesario someter á la inspección del ministro, no pudiendo otorgar su confianza ni su favor sin autorización de él; obligado, en fin, á tener su esposa alejada de su lado, y después de la guerra, privado hasta del consuelo de atender á las necesidades de la duquesa, lo cual le fué prohibido.

»Durante el sitio de Corbie (para recobrarla) el rey permaneció en el campamento con el duque de Orleans y el conde, cada uno en su cuartel, y el Cardenal se estableció en Amiens. En estas disposiciones se dispuso el plan del atentado. Montresor y Saint-Ibal, dos gentileshombres del conde, varones de consejo y ejecución, avistáronse con el duque de Orleans... Gastón prometió autorizar con su nombre lo que se hiciese contra el Cardenal. En consecuencia, los dos príncipes se van á Amiens con cuatrocientos ó quinientos hombres y entran en casa de Richelieu. Las órdenes se han confirmado. Se ha terminado el consejo. Los príncipes acompañan al rey á su carruaje, y éste parte. Saint-Ibal estaba detrás de Richelieu, dispuesto á herir, y otros conjurados rodeaban al Cardenal. Montresor mira al duque, pidiéndole el consentimiento con la mirada. Una señal, y el ministro caía muerto; pero Gastón volvió la cabeza y se retiró precipitadamente como turbado. El Cardenal vió partir á los príncipes y entró tranquilamente en su casa, habiendo escapado, sin saberlo, del mayor peligro que corrió en su vida». (*Histoire de France*, por ANQUETIL, año 1637).

Es difícil hallar en la historia de Francia un déspota más tirano y desalmado que el Cardenal Richelieu. No obstante la sobredicha conjuración y otras

que contra él se tramaron, de todo triunfó por las negras inventivas de su ruín corazón, y los oprimidos siguieron gimiendo como va á decir el vidente.

II

La liberté non pourtant recouvrée.

La libertad, sin embargo, no fué recobrada.

«Richelieu dejaba entretanto al duque de Orleáns roer su freno en su honorable destierro; pero el rey, cansado ya de tantas ruindades, declaró netamente que quería se acabasen, y fué necesario al Cardenal buscar modo de ponerles fin (pero salió con la suya: todo siguió igual). En cuanto al conde de Soissons, viendo que el duque se resignaba, se defendió escribiendo al rey una apología de su conducta, fundada en las solapadas vejaciones del Cardenal, que le había obligado á alejarse, y pidió que se le dejase vivir en Sedán. (Otros varios nobles fueron tan vejados como dichos dos príncipes).

»En cuanto al rey, ya no se estimaban sus favores, y llevaba una vida tan triste, que pocas personas deseaban ser admitidas á su familiaridad. Las que por él eran distinguidas con este honor, se disgustaban pronto, porque se veían obligadas á pasar el tiempo en pueriles recreos ó á escuchar perpetuas murmuraciones contra su ministro, cuyo yugo llevaba él con mucha impaciencia.

»Separado de su madre, á quien mantenía en el destierro (porque lo quería Richelieu), prevenido contra su esposa, receloso de su hermano, desconfiando siempre de sus parientes y de los señores que le rodeaban, no veía más que por los ojos de Richelieu, á quien detestaba, pero sin el cual creía no poder reinar». (*Historia* y año citados).

Los crímenes que de esto nacieron son innumerables. Cada pequeño tropiezo del Cardenal necesitaba hacer una víctima, y la hacía con toda la horrible sangre fría de un gran tirano. Siguióse conspirando contra él; resuelto estaba ya el rey á deponerle, por consejo del P. Caussin, su confesor; pero siempre salió triunfante, cayendo en desgracia los conspiradores y no recobrando jamás la libertad los oprimidos.

III

Le nouvean Mars par vindicte et remort.
Dame par force de frayeur honorée.

La nueva guerra es por venganza y remordimiento.
Una señora es honrada á fuerza de temor.

El primer verso alude lo mismo á la interminable guerra que sostenía en su seno la familia real, que á la guerra casi europea de Francia con varias naciones, sobre todo con España en la península y otras partes. Entrambas guerras nacían de venganza por parte de unos y de remordimiento por parte de otros, como es de ver en las crónicas de la época.

El segundo verso dice en dos palabras el motivo de que Luis XIII honrase, al fin, el tálamo de su esposa, de quien estuvo alejado muchos años, merced á las diabólicas intrigas de Richelieu, que se la hacía tener por infiel.

Marius Topin, en *L' Homme au Masque de Fer*, capítulo III, cuenta con minuciosos detalles el horror de Luis XIII á consumar su matrimonio con Ana de Austria. «Cuatro años después de casada, dice entre otras cosas, la reina *no era todavía esposa*». España consideraba esto como un gravísimo insulto que se le infería en la persona de la hija de su rey Felipe III, y Francia en masa y otras naciones hacían supremos esfuerzos para que Luis XIII cumpliese con su débito de esposo.

Asustado este rey ante los peligros de su incalificable conducta que los grandes de su corte le representaban, parece que al fin cedió; pero de todos modos, recayó en su conducta de marido el más excéntrico, conducta fomentada por las abominables intrigas de Richelieu, una de cuyas víctimas fué por muchos años Ana de Austria, así en cuanto esposa como en cuanto reina. Por fin, una religiosa, á quien

viviendo en el siglo había amado el rey, y que para librarse del peligro de este amor se encerró en un claustro, consiguió lo que nadie había conseguido. Era Mlle. de La Fayette, en el claustro Sor Luisa.

«El rey, dice Anquetil, seguro contra sí mismo por el nuevo estado de su amiga que él respetaba, la vió con más frecuencia que antes; y ella, no teniendo que perder por su estado, le habló con mayor autoridad. Mlle. de La Fayette se aprovechó del ascendiente que adquirió sobre el rey, para conseguir la unión de los dos esposos, destruyendo las fatales prevenciones que el rey tenía contra su esposa; y le apremió tanto, que por último el rey se fué directamente á estar con su esposa la reina. El fruto de esta reconciliación, después de veintitrés años de esterilidad, fué un hijo que se llamó Luis XIV». (ANQUETIL, *ibid*, año 1638).

No fué un hijo, sino dos de un solo parto, y el primogénito fué «Máscara de Hierro». Nosotros llegamos á opinar que éste y Luis XIV no fueron gemelos; pero Nostradamus viene en confirmación de los críticos que los hacen tales, como se verá en los versos siguientes:

IV

Devant monstier trouvé enfant besson
D'heroic sang de moine et vetustique.

Delante de un monasterio fué hallado un niño GEMELO
De heroica sangre de monje y vetusta.

«Para aliviar el recuerdo de sus penas, Ana de Austria se dió á la devoción que desde sus más tiernos años le fué inspirada. Adquirió el Val-de-Grace é hizo construir allí un monasterio, á donde iba á orar y recogerse libremente. Las religiosas, á quienes trataba siempre con respeto y amistad, la veneraban y compadecían mucho». *(Histoire des reines de France*, por MLLE. E. CARPENTIER).

«En el palacio de *Saint Germain,* situado delante del monasterio *des Loges*, en donde su madre lo habrá pedido á Dios, nacerá el *niño gemelo*, hijo de un monarca muy religioso llamado «el Justo», hecho padre después de un matrimonio de 23 años de esterilidad». *(Henri V predit*, por H HONORÉ-CHAVIGNY, *XI Lettre).*

Como se ve, el abate Honore-Chavigny, principal comentador de Nostradamus, hacía mucho favor á Luis XIII para poderle aplicar la palabra *moine* del profeta; pero nos parece claro como la luz que éste alude á la vida de oración y penitencia que Ana de Austria hacía entre las monjas, llamando á ella también monja, bien que toma para esto el masculino, como hace en otros casos. Con lo cual indica igualmente lo que dice el abate, esto es, que fué madre porque el cielo oyó las oraciones que en el monasterio le elevaba.

Si la palabra *moine* indicara la religiosidad de un monarca, con más razón sería aplicable á los religiosísimos reyes de la Casa de Austria, de quienes la reina era hija; y por añadidura, el adjetivo *vetustique*, sólo aplicable á la sangre del rey, indica que la sangre de *moine* era la de la reina, abarcando así entrambas sangres. En efecto, la de Luis XIII era *vetusta*, muy antigua, como descendiente de Hugo Capeto; y siempre que los profetas aluden á la genealogía del Gran Monarca, que es Borbón y Austria, dicen que viene de *antigua sangre*.

V

Son bruit par secte langue et puissance son,
Qu'on dira fort elevé le vopisque.

La fama que acompañará á su nacimiento, así entre religiones y escuelas como pueblos y naciones, será tan grande,

Que se tendrá al VOPISCO *por muy elevado.*

Vopiscus es palabra latina con que se designa al gemelo viviente, habiendo muerto el otro ó desaparecido como si hubiera muerto. Es muy de notar que Nostradamus anuncia un hijo, cuyo nacimiento dice que será de mucha fama y resonancia; y aunque esto conviene á un solo hijo, llámale GEMELO, *besson*, con lo cual supone el nacimiento de dos; y añadiendo *vopisco*,

viene á decir claramente que uno de los dos desaparecerá, siendo el otro recibido como un ser *elevado*, esto es, providencial y llamado á grandes empresas. Todo esto es lo mismo que decir: «Se esperará uno al pronto, y luégo nacerán dos; pero el público no tendrá noticia más que de uno, el cual será recibido como venido del cielo». El segundo nombre de Luis XIV fué *Dieudonné*, esto es, Dado-por-Dios.

«El ruído que hará en el mundo,—interpreta Honoré-Chavigny—por la revocación del edicto de Nantes, por el siglo de las artes y de la ciencia que tomará su nombre, y por sus victorias, el hijo á quien se habrá conservado la vida civil,—habiendo *Máscara de Hierro* muerto para el mundo desde su nacimiento,—le merecerá el título de Grande *(elevé)* hasta de sus enemigos». *(Henri V predit)*.

Es verdad que una sola profecía de esta índole puede ser susceptible de varias interpretaciones, todas fundadas; mas nos parece que Honoré-Chavigny no interpretó bien este punto. No se refiere la predicción á la fama de Luis XIV, sino á la fama del nacimiento del *besson*, al ansia general con que era esperado un Delfin, á los augurios que se hacían de su nacimiento, á lo extraordinario de éste después de 23 años de matrimonio infructuoso, á las circunstancias, en fin, tan excepcionales, que todo el mundo consideraba al Delfin un don de Dios para resolver el trascendental problema de la sucesión á la corona de Francia y otros problemas internacionales. De ahí el decir que se le tendrá por *fort elevé*, muy elevado. El siguiente punto pondrá todo esto más en claro.

VI

Celui qu' aura la charge de destruire
Temples et sectes, changés par fantasie,

El que será acusado de destruír
Templos y escuelas, cambiados por fantasía.

Después de mucho estudiar estos versos, nos con-

vencemos de que deben tener dos versiones, ambas igualmente conformes con la mente de ellos. La primera es:

«Aquel á cargo de cuya sangre ó descendencia, viniendo de él el Gran Monarca, pondrá Dios la destrucción de los templos y sectas de aquellos que por sus pasiones y fantasías dejaron el Catolicismo para fundarse iglesias y escuelas á su capricho...»

Análoga versión da Honoré-Chavigny en la obra citada, bien que trayéndola un poco por los cabellos para poderla aplicar á Luis XIV. La segunda versión es esta:

«Aquel que por fantasía, esto es, sin fundamento, será acusado (*charge* también significa cargo ó acusación, como en castellano) de que con el tiempo destruirá templos, fomentará sectas y las variará á capricho suyo, y encenderá las guerras consiguientes...»

La primera versión es más conforme con lo porvenir que la segunda, y está más conforme con lo pasado, ó sea con lo sucedido cuando iba á nacer «Máscara de Hierro» y poco después. La historia lo confirma. Citemos:

«*Largo tiempo hacia que el rey estaba prevenido, por algunas profecías, de que su mujer le daria dos hijos. Vinieron á Paris unos pastores que dijeron saber esto por divina inspiración, y tal fueron creidos, que en Paris se decia que si la reina daba á luz dos delfines, según estaba predicho, sería para el Estado el colmo de la desgracia. El Arzobispo de Paris encerró a los dos adivinos en San Lázaro, porque en el pueblo había gran conmoción, y todo esto dió mucho que pensar al rey, considerando las turbaciones que en su Estado eran de temer.*

»El Cardenal (Richelieu) á quien el rey dió á conocer por medio de un mensaje esta profecía, respondió que el nacimiento de dos delfines no era un imposible, y que en caso de nacer dos, era necesario ocultar cuidadosamente el segundo, porque un dia tal vez querría ser rey y combatiría á su hermano para sostener una segunda liga en el Estado.

»El rey padecía con esta incertidumbre, y la reina exhaló tales gritos, que nos hizo temer un segundo alumbramiento (pocas horas antes había sido el primero). Enviamos á llamar

al rey (que estaba cenando), y presintiendo él que iba á ser padre de dos delfines, casi cayó de espaldas, y dijo que padecía una angustia mortal.

»Acto contínuo llamó al obispo de Meaux, al canciller, al Sr. Monerat, á la comadrona Perronette y á mí, y en presencia de la reina, para que ella lo oyese, nos dijo: «Con vuestra »cabeza me respondéis si llegáis á revelar el nacimiento de »un segundo delfin. Quiero que su nacimiento sea un secreto »de Estado, para prevenir los males que podrían sobrevenir, »ya que la ley sálica nada establece sobre la herencia de la »corona en casos como este». *(Mémoires du maréchal de Richelieu.* Relación del preceptor de «Máscara de Hierro», hecha en su lecho de muerte).

Quizá el preceptor citado incurriría aquí en un error de memoria, pues en el *Voyage á la Bastille*, de Michel de Cubieres, leemos lo que sigue:

«A 5 de Septiembre de 1638, Ana de Austria, que había dado á luz un hijo, el cual fué incontinenti proclamado Delfin, dió á luz un segundo hijo durante la cena del rey. Para evitar las pretensiones de un hermano gemelo á la corona de Francia, y aunque este hijo, nacido el segundo, *debía ser tenido por primogénito según los términos de la ley*, Luis XIII salió del paso tomando la resolución de ocultar el nacimento de este hijo, al que hizo desaparecer secretamente».

Como quiera que sea, lo indudable es que hubo dos delfines, y que el legítimo heredero de la corona fué el que se hizo desaparecer. Continuemos con la relación del preceptor de este príncipe infortunado, según la traen las citadas *Mémoires du maréchal de Richelieu*:

«Lo que estaba predicho llegó; cenando el rey, dió á luz la reina un delfin más delicado y hermoso que el primero... Y á los que éramos testigos nos fué expresamente prohibido hablar del asunto bajo pretexto alguno, aunque fuese entre nosotros. Ninguno de los que allí estábamos ha faltado al juramento que prestó, pues S. M. nada temía tanto como la guerra civil que después de él podían provocar sus dos hijos.

»En cuanto á los pastores que anunciaron el nacimiento del infortunado príncipe, ya no oí hablar de ellos; bien que no traté de averiguar su paradero».

VII

Plus aux rochiers q'aux vivants viendra nuire,
Par langue ornée d'oreilles ressasies.

Más daño hará á las rocas que á los vivientes,
Por lengua adornada, de orejas reembargadas.

El segundo de estos versos debe ser vertido también de dos maneras. Alude á las órdenes de Luis XIV para encerrar á su hermano y mantenerle tanto tiempo en la cárcel; órdenes dadas *adornadamente*, esto es, bajo especiosos pretextos de bien público, y en virtud de lo que llegó á oídos de dicho rey, ora por parte del preceptor del desconocido príncipe, ora por la predicción de un astrólogo que se asegura hizo de éste pésimos augurios á Luis XIV; por lo cual dice el texto, indicando que se haría tal predicción, que las capciosas órdenes del encarcelamiento eran efecto de *orejas reembargadas*, esto es, de haber oído una predicción semejante á la que tanto embargó el ánimo de Luis XIII y le hizo tomar la resolución de ocultar al niño gemelo.

Alude también á la levantada actitud con que este príncipe habló á su preceptor, cuando por un documento sorprendido se confirmó en las sospechas que ya tenía en virtud de rumores y noticias; sobre lo cual, así como sobre la versión primera, leamos lo que dice el mismo preceptor en las repetidas *Mémoires du maréchal de Richelieu:*

«En cuanto á la infancia del segundo príncipe, la dama Perronette le trató desde luego como hijo suyo, pero que pasó por ser hijo bastardo de algún gran señor de aquel tiempo... Cuando ya fué un poco crecido, el Cardenal Mazarin, que fué el encargado de procurarle educación después del Cardenal Richelieu, lo confió á mi cuidado para que le instruyese y educase como á hijo de un rey, pero en secreto. Fué, pues, educado en mi casa, en Borgoña, con todo el cuidado debido á un hijo de rey y hermano de rey... Los hijos declarados de príncipes no reciben mejor educación que él. Lo único que se

me puede reprochar es haber sido causa de su desgracia, aunque bien involuntariamente. He aquí cómo:

»A sus 19 años de edad, entró el príncipe en raros deseos de saber quién era... Dos años después, una infausta imprudencia por mi parte, que yo me recriminaré toda mi vida, le descubrió lo que tanto deseaba conocer. Sabía él que, desde poco antes, el rey me enviaba algunos mensajeros, y por añadidura tuve yo el imperdonable descuido de dejar abierto el cofre de mis papeles, donde guardaba las cartas de la reina y de los Cardenales. Leyó una parte y adivinó la otra por su natural penetración. Después me confesó haberme quitado la carta más expresiva y categórica acerca de su nacimiento.

»El joven príncipe era entonces bello como el amor... Una joven gobernante de la casa (1), no obstante mis órdenes en contra, le dió un retrato del rey. El desgraciado príncipe lo reconoció, y bien podía reconocerlo, pues eran tan semejantes, que un mismo retrato sirviera para entrambos. Esto le excitó de tal modo, que enseñándome el retrato de su hermano y una carta del Cardenal Mazarín que me había sustraído, me dijo: «*He aquí mi hermano, y he aquí quién soy yo*».

»El temor de que el príncipe se me escapase, me obligó á enviar un mensaje al rey, informándole acerca de lo sucedido y pidiéndole nuevas instrucciones. El rey me envió sus órdenes por medio del Cardenal, y fueron que nos constituyésemos prisioneros los dos hasta nueva orden; así se hizo, pero dando á entender al príncipe que su pretensión era la causa de nuestra común desgracia».

La nueva orden no llegó, pues el preceptor murió en la cárcel. El príncipe siguió preso durante muchos años, con tanto rigor, que el secreto de que se le rodeó era impenetrable. Sin duda influyó mucho en Luis XIV, para tan extrema resolución, la indicada predicción astrológica, sobre la cual dice la *Addition au Dictionaire philosophique*, citada por varios autores:

«Luis XIV ignoró hasta su mayor edad la existencia de su hermano, cuya semejanza con él era tan asombrosa, que se les podía tomar por gemelos y era difícil no tenerlos por hermanos. Estas circunstancias, corroboradas por la predicción de un astrólogo que nada bueno prometía al rey de parte de aquel hermano, hiciéronle pensar en los medios de anular-

(1) Hija del mismo que lo dice. La llamó gobernante, ó criada, porque era su hija y quería excusarla.

lo; y por ende, afectando tener un generoso respeto al honor de la realeza *(langue ornée...)* imaginó un medio de enterrar la prueba en el olvido».

Fué encerrado el infortunado príncipe, pasando la flor de su edad, ora en el castillo de Pignerol, ora en el *donjon* de las islas de Santa Margarita, ora en la Bastilla, es decir, entre peñascos y paredes de inmensos sillares. De este modo, aquel de quien tanto mal se temía, *más daño pudo hacer á las rocas que á los vivientes*, como dice el texto. En confirmación de lo cual, las *Mémoires du maréchal de Richelieu* refieren que Luis XV, hablando de Máscara de Hierro con M. de la Borde, díjole: «Todo lo que vos sabréis más que los otros es que *la prisión de aquel infortunado á nadie perjudicó sino á él*».

VIII

Ce que fer; flamme n' asseu parachever,
La doulce langue au conseil viendra faire.
Par repos, songe, le roy fera resver.
Plus l' ennemi en feu, sang militaire.

Lo que ni hierro ni fuego puedo llevar al cabo,
Lo hará la dulce lengua del buen consejo.
El Rey, por medio de reposo, de sueño, le preservará.
Ya no hay más enemigo en fuego, ya no sangre militar.

Antes de explicar estos versos, digamos todavía algo con la repetida relación del preceptor del infortunado príncipe:

«Durante las turbulencias de la Fronda, hablé frecuentemente con la reina madre, y Su Majestad pareció temer que, si alguna vez el nacimiento del otro hijo llegaba á descubrirse viviendo su hermano el joven rey, algunos descontentos se valdrían de eso para rebelarse, puesto que muchos médicos dicen que, de dos gemelos, el que nace el último es el primero que fué engendrado, y por consiguiente es el rey de derecho.

«Sin embargo, este temor no pudo inducir nunca á la reina á destruír las pruebas escritas de dicho nacimiento, pues en caso de inhabilitación ó muerte del joven rey, quería ella hacer

reconocer á su hermano, aunque tenía ya otro hijo. Díjome varias veces que conservaba con cuidado en su *cassette* los documentos pertinentes al caso».

En la voluminosa *Historia de las persecuciones religiosas y políticas*, que contiene, como tantas otras, gravísimos errores sobre el origen y demás de Máscara de Hierro, leemos, sin embargo, esta consideración que nos parece muy oportuna:

«Al revelar la reina este secreto á Luis XIV, debió imponerle el respeto á la vida de su hermano de una manera eficaz; y ésta no podía ser otra que amenazándole con que una persona, en cuyo poder había depositado los documentos referentes al nacimiento... los publicaría si él atentaba á la vida de su hermano.

»Sólo de esta manera, á nuestro juicio, puede explicarse la mezcla de respeto á la vida del preso y las consideraciones de todo género que le guardaban en su larga prisión, y las precauciones extraordinarias que tomaban para que nadie le viera... La prisión era obra del rey, las consideraciones que le guardaban y el conservarle la vida no podía ser obra espontánea de éste, sino hija de una fuerza mayor, á que se veía obligado á someterse á pesar suyo».

Es oportuno añadir á estos pasajes lo que por nuestra cuenta dijimos en el núm. 18 de *Luz Católica*, y hemos repetido arriba, página 115.

Además, parece desprenderse como cosa cierta que hubo en la Bastilla una substitución, ocupando alguien el puesto de Máscara de Hierro, puesto en libertad, y á su muerte siendo enterrado en el cementerio de San Pablo con el supuesto nombre de *Marchialy*. Debió de parecer aquello un sueño al libertado, al substituto, á Saint-Mars y á otros...

Como quiera que fuese, nosotros sólo así podemos explicarnos los últimos versos citados de Nostradamus. Lo que ni hierro, ni fuego, ni privaciones, ni tormentos pudieron conseguir, por la prudencia de los consejos, ora de los pocos que conocían el secreto, ora del confesor de Luis XIV, ora de éste á su hermano ó viceversa, fué conseguido, y Máscara de Hierro fué

puesto en libertad, fingiendo, por medio de otro, que seguía habitando en la Bastilla y que murió allí; *par repos, songe.*

Terminado de este modo aquel criminoso asunto, ya no tenía Luis XIV por qué temer los presagios de los profetastros y agoreros; ya no le daría pena aquel hermano que podía ser su enemigo y arrebatarle la corona á fuego y sangre; ya la sangre militar no sería derramada en guerra por esta causa; el enemigo no existía ya. *Plus l'ennemi en feu, sang militaire.*

Pero al andar de los tiempos, cuando un descendiente de Máscara de Hierro estuviese próximo á probar con sus obras de qué tronco había recibido su sangre, y preparase la general restauración que debe obrar con el título de Gran Monarca, el crimen de Luis XIV empezaría á ser descubierto por la crítica en su verdadera gravedad, y por último, triunfando el descendiente de su hermano, sería la memoria de éste tan ensalzada, como la suya relegada al deshonroso lugar que le corresponde.

Terminemos diciendo con el P. Vieyra:

«Cuando Dios quiere conservar un reino, divide la sangre Real de él como en dos líneas, para que la falta de una se defienda y sustente en la otra; y esta segunda, no de cualquiera generación, ni indirectamente, aunque de la misma nación, sino escogida y de sujetos señalados y heroicos, en que quede depositado y como vivo el valor de sus ascendientes».

(*Luz Católica*, núm. 122=5 Febrero 1903).

VII

El Venerable Fiacre y «Máscara de Hierro.»

De una preciosa carta que nos escribe un Padre Agustino Recoleto entresacamos los párrafos siguientes:

«Tengo otro tercer motivo para regocijarme en lo que V.

anuncia en sus escritos; en esto voy á ser algo más extenso.

»En la vida del V. Hermano Fiacre de Santa Margarita, Agustino Recoleto francés, de la que tengo á la vista un brevísimo resumen, se refiere lo siguiente que á la letra copio:

«En aquel tiempo en que la Reina de las Galias (Ana de »Austria, madre de «Máscara de Hierro» y de Luis XIV) so»corría con sus larguezas la pobreza de los Religiosos, oró »(el Hermano Fiacre) á Dios que la consolase, dándole *á lo* »*menos un hijo*, ya tanto tiempo deseado por ella para su reino. »En efecto; como se le apareciese visiblemente la Santísima »Virgen, envióle á decir á la Reina que en breve, después de »22 años de esterilidad (1), daría á luz un hijo, que después »fué Luis XIV» (2).

»De la popularidad de este Hermano en toda la Francia, y »sobre todo en París, queda todavía el recuerdo en el vehículo »(coche) que sin duda V. ya conoce, y que lleva el nombre »mismo de dicho Hermano Fiacre (3).

»Otra historia de nuestra Congregación, que también tengo á la vista, trae íntegro un Real decreto, por el que Luis XIII dispone que el P. Subprior de Recoletos de París, en compañía del H. Fiacre, fuese al santuario de Nuestra Señora de Gracia en la Provenza, á rogar á Dios por el feliz alumbramiento de la Reina, que ya se hallaba embarazada. Su fecha á 7 de Febrero de 1638. La Reina, en acción de gracias, edificó en el Real sitio de San Germán una suntuosa iglesia dedicada á Nuestra Señora de Gracia, mandando grabar en su primera piedra una inscripción entusiasta, en que manifiesta edificar aquella iglesia para premiar con ella lo mucho que debe á la

---

(1) Esto no parece texto de la revelación, sino expresión del historiador. Creemos haber probado bien que no había esterilidad, sino *abortos*, ó alumbramientos llamados así.

(2) Por aquí se ve lo que decíamos: expresión del historiador y no de la revelación misma.

(3) Llaman los franceses *fiacre* al coche de punto; pero salvo el mejor parecer del respetable religioso comunicante, creemos que no es el H. Fiacre, sino S. Fiacre quien dió nombre á dicho vehículo. S. Fiacre, anacoreta irlandés fallecido en 670, fundó en Breuil, cerca de Meaux, un oratorio, donde vivió algunos años y donde murió. En París había antiguamente una posada llamada de *Saint-Fiacre*, en la calle de San Martín, y en aquella posada se reunían los cocheros de punto. De ahí vino llamar *fiacres* á los coches. Pero en fin, todo esto importa poco al asunto de que se trata, y por otra parte, el sobredicho religioso funda su opinión en autores que la expresan igualmente.

Congregación de PP. Recoletos. Entoces era ella *Regina Regens*, Reina Regente: año de 1644.

»Sin que yo diga á V. más, comprenderá por qué aduzco estas citas. La intervención del cielo por medio de la aparición de la Virgen parece poco motivada para anunciar la gran calamidad llamada Luis XIV, sobre todo si se tiene en cuenta que juntamente con él, y con más derechos que él á la corona de Francia, había de nacer uno de los ascendientes del Gran Monarca. ¿Sería éste el anunciado?

CAPÍTULO XIV

DISQUISICIONES VARIAS SOBRE EL GRAN MONARCA

CAPÍTULO XIV

DISQUISICIONES VARIAS SOBRE EL GRAN MONARCA

I

Señas generales.

Daremos las que en una obra de la índole de esta *Apología* se pueden dar, y aun esas no irán todas en este capítulo. Los que posean nuestro libro *Revelación de un secreto*, poco fruto sacarán ya del presente capítulo; pero es menester que atendamos también, en lo posible, á la legítima curiosidad de los que no hayan leído dicho libro.

Nos preguntan muchos, empezando á creer en las profecías que damos á conocer, quién pensamos que será el Gran Monarca, si de verdad será español, y en qué tiempo ha de venir.

¿Quién será el Gran Monarca? Dios lo sabe; si alguno tiene revelación sobre el particular, no será para que pueda contestar hoy á la pregunta. Sin embargo, cuando hayamos descubierto todas sus señas generales, quizá nuestros lectores podrán decir quién ha de ser, ó por lo menos sospecharlo con grave fundamento.

Que será español no puede dudarse, pese á los franceses que lo hacen francés. Lo probaremos en otro capítulo. De su nacionalidad hemos dado pruebas ya, pero seguiremos dándolas terminantes.

Su tiempo ha llegado: también lo hemos probado y probaremos. El Gran Monarca existe, por más que todos lo desconozcan, pues desconocido ha de ser hasta que llegue su hora, que está muy cerca. He aquí unos párrafos de profecías verdaderas, resumen de todo cuanto sobre el particular dicen las demás:

«Este santo hombre será gran pecador en la juventud y después se convertirá al gran Dios. Será en su niñez y adolescencia como santo, en su juventud gran pecador, pero después se convertirá y hará gran penitencia. El tal hombre empezará á investigar los secretos de Dios sobre la larga visita y dirección que hará el Espíritu Santo en el mundo, por medio de la santa Milicia (Crucíferos). Irá interpretando los oscuros secretos (profecías) del Espíritu Santo, y muchas veces será admirado por conocer los internos secretos del corazón de los hombres. Los Crucíferos, no pudiendo vencer primero con letras á los herejes, se moverán contra ellos impetuosamente con las armas. Dios Omnipotente exaltará á un hombre muy pobre, de la sangre de Constantino...» (*San Francisco de Paula*).

«Descendiente de la estirpe de España; vencerá maravillosamente con la señal de la Cruz.» *(Santa Brigida).*

«En la España mayor reynará un Rey dos veces piadosamente dado». (*San Isidoro de Sevilla*).

«Saldrá por los tiempos venideros el Rey Católico de España en persona... y reducirá toda el África á su obediencia». *(San Alfonso Rodriguez).*

«Se creerá que la raza del gran duque está extinguida: nada de eso; un duque *(dux)* aparecerá contra toda esperanza, cuando los amigos de la Iglesia y de los Soberanos estén consternados. Su reinado no podrá lograrse sin el grito de la oposición y sin tempestad. Los príncipes y los grandes se sublevarán para resistirle y murmurarán de él». (*V. Holzhauser*).

«El que reinará no será el que se cree. Será el salvador concedido (por la divina misericordia), y con el cual no se contaba». *(V. Sor Mariana de Blois).*

«Grande será el asombro del mundo cuando llegue á saber que hay en París un rey que vive desconocido entre el pueblo». *(V. P. Eugenio Peghi*).

«Un príncipe conocido de Dios sólo, que hace penitencia en la soledad, debe venir como por milagro». *(V. Mariana Gaillier).*

«Demostrará el esplendor de su fe. Esto causará mucho ruido y mucha admiración; pero sólo se debe á Dios. Su causa,

con humildad y pobreza, correrá á cuenta de Dios». *(San Vicente Ferrer)*.

«Reinarán la paz y la justicia. Un príncipe que habrá pasado sin ser advertido, y cuya casa habrá sufrido mucho por la desgracia de los tiempos, traerá esta paz á la tierra». *(V. Elena Wallraf)*.

«Dios mismo le ha hecho pasar por el crisol de la prueba y del tormento, pero va á llamarle del destierro. El mismo Señor lo tomará de la mano, y en el día fijado lo pondrá en el trono. Su destino es el de reparar y el de regenerar». *(V. Madre del Bourg)*.

Basta por ahora. Poco á poco se irá esclareciendo el misterio que rodea al varón de los grandes destinos; y tal confianza tenemos en la ayuda de Dios para esta empresa, que esperamos no ha de quedar un incrédulo entre nuestros lectores de buena fe.

(*Luz Católica*, núm. 15=10 Enero 1901).

Ahora bien; ¿hay alguna persona conocida á quien convengan las precedentes señas?

Días ha que llegan á mis oídos ciertos rumores, según los cuales, yo, el infeliz y pecador Padre Corbató, juzgo que soy el Gran Monarca y por eso doy tantos detalles que me ponen de manifiesto. Pues ¿qué dirían si publicase otros que no pienso descubrir, cabalmente por no dar pábulo á esos mismos rumores?

No se precipiten mis amigos ni mis adversarios. Calma, calma, que si á mí convienen muchas señales de las profecías, no pocos sacerdotes hay en España á quienes pueden convenir igualmente. Dije tiempo atrás que los lectores de *Luz Católica* llegarían á señalar al hombre con el dedo; y si ahí, por lo visto, hemos llegado ya, me parece que el señalamiento es indiscreto, intempestivo, y sobre todo funesto para mi alma, por el peligro en que me ponen de envanecerme. Por Dios ruego á todos que no sigan por ese camino. El salvador, el Gran Monarca, se descubrirá pronto. ¡Dios lo quiere!; pero todavía no es hora.

Esto dicho, copio y respondo á tres cartas.

«Sr. D. José Domingo Corbató, Pbro.

Muy señor nuestro: Somos lectores asiduos de su excelente semanario desde que apareció en el estadío de la prensa, y como uno de los asuntos preferentes á que V. le dedica es el tocante al Gran Monarca, ha despertado usted vivamente nuestra curiosidad y ha puesto en prensa nuestro cerebro, obligándonos á fatigarnos en cálculos, conjeturas, deducciones y pronósticos, sobre quién podría ser el Gran Monarca, que con tan viva fe y entusiasmo usted espera.

Lo cierto es que esa fe nos ha contagiado á nosotros, hasta el punto de dar por ciertas y evidentes cuantas profecías á tal personaje se refieren.

Pero no ha parado aquí la cosa: hemos dado un paso más. Creemos haber reconocido á ese Gran Monarca, por los antecedentes que del mismo se deducen, leyendo las profecías á él referentes.

Las señas del mismo son estas:

1.ª Proceder de una ilustre raza española, aunque su origen inmediato sea humilde.

2.ª Tener grandes cualidades de entendimiento y voluntad.

3.ª Pertenecer al estado eclesiástico y quizás al religioso.

4.ª Haber sufrido grandes persecuciones y destierros.

5.ª Tener alguna relación con Valencia, puesto que aquí parece ha de empezar su reinado.

Y otras muchas que en este momento no recordamos.

Nosotros conocemos á cierto sacerdote, á quien tenemos por muy digno y ejemplar, que vive en esta capital, al que precisamente convienen estas señas.

Suplicamos á usted tenga la amabilidad de decirnos en su periódico si también conoce á este mismo sacerdote y le cree investido de la dignidad y misión que nosotros vemos en él.

Protestando anticipadamente de la buena fe y sinceridad de esta carta, se ofrecen de usted afectísimos seguros servidores q. l. b. l. m.,

Dos españolistas». (1).

Respuesta.—Las señales que *Luz Católica* ha tomado de los profetas son, queridos españolistas, muy

(1) D. José Oller q. e. p d., Director de la Academia de Balmes, era uno de los dos.

vagas en comparación de las que todavía irá tomando y publicando.

Me parece que conozco al hombre por quien se me pregunta. ¿Quieren mis amigos más ingenuidad? Pues les diré que, en mi opinión, se llamará Carlos y es sacerdote. Adviertan que hablo de mi opinión, la cual nada asegura y nada establece.

(*Luz Católica*, núm. 22=28 Febrero 1901).

«Sr. D. José Domingo Corbató, Pbro.

Muy señor nuestro: Ante todo debemos tributar á usted un millón de gracias por su amable y discreta contestación á nuestra carta del 26 de Febrero, y animados por la amabilidad de usted, nos tomamos la libertad de consultarle sobre algunos puntos, también relacionados con las predicciones sobre el Gran Monarca.

Estos puntos son tres:

1.º ¿La pacificación que el Gran Monarca ha de dar al mundo ha de ser sólo externa, es decir, ha de producir sólo una paz material, ó será también interna, en el sentido de que reine en toda la tierra y en todos los corazones?

2.º ¿Después de esta pacificación universal, hemos de esperar el fin inmediato del mundo, ó vendrá éste mucho más adelante, después de haber disfrutado de los beneficios de dicho Gran Monarca?

3.º A la muerte de este Gran Monarca, aunque no sea precusor inmediato del Juicio final, ¿qué sucederá?

¿Conoce usted profecías sobre todo esto? Pues esperamos tendrá usted la bondad de contestar esta segunda carta, con la amabilidad con que contestó la primera, dándonos á conocer dichas profecías, y lo que usted con su prudencia é ilustración piense sobre el particular.

N. B. Suponemos que nada tendría que ver con el error de los milenarios nuestra pregunta, ni aun en el caso de que el Gran Monarca fuera pacificador de pueblos y también de conciencias y precediera inmediatamente al fin del mundo.

Dándole gracias anticipadas, se repiten de usted su afectísimos servidores, q. b. s. m.,

DOS ESPAÑOLISTAS.

Valencia á 11 de Marzo de 1901».

CONTESTACIÓN.—1.º «¡Oh santos Crucíferos!... Daréis al mundo una paz universal, y por fin, haréis que todos los hombres sean santos... Vencedor se llamará el fundador de

ellos... Habrá un solo rebaño y un solo Pastor; reducirá el mundo á una santa vida.» *(San Francisco de Paula).*

2.°, 3.° y N. B. «El Gran Monarca acabará con todas las herejías, con todos los errores, con todas las sectas, con todos los corruptores y todos los tiranos. Si bien los males surgirán de nuevo al fin de la edad sexta ó del Gran Monarca, ya no será para que dominen por siglos las naciones como antes, sino por el breve tiempo del Anticristo; y de esta suerte *se consumará el misterio de Dios*, esto es, lo que Dios nos ha *anunciado por sus siervos los Profetas*, tan menospreciados de esta generación incrédula y frívola. Después de lo cual habrá todavía un tiempo, cuya duración no se sabe, y que algunos extienden á mil años, no con el espíritu herético de los milenarios, sino con espíritu de verdad y de fe. No se sabe cómo será después el mundo, ni cuánto durará. Ni siquiera los ángeles del cielo saben cuándo será el día en que Dios juzgará al mundo». (*Luz Católica*, tomo 1.°, pág. 211, col. 2.ª)

A lo demás respondemos: que conocemos acerca de estos asuntos gran número de profecías y que las daremos á conocer y explicaremos todas, Dios mediante, cuando les llegue el turno. Rogamos á nuestros queridos españolistas y otros varios que tengan un poco de calma. Si dispusiéramos de fondos para editar un libro, pronto publicaríamos todo lo anunciado, que sin ellos tendrá que salir poco á poco en *Luz Católica* (1).

Vamos con la tercera carta.

«Sr. D. José Domingo Corbató, Director de *Luz Católica*.

Rdo. Padre: Con muchísimo interés me fijo en todo lo que atañe á *Luz Católica* y al españolismo. Desearía, para fijar mi criterio, que usted me respondiera á estas preguntas:

1.° ¿Qué opina usted del renacimiento católico de Alemania é Inglaterra?

2.° ¿Qué opina usted de... (una Alteza?)

3.° ¿Qué concepto le merece á usted el actual estado del clero americano?

4.° Si el Rey católico, según usted cree, es sacerdote, ¿cómo se las arreglará para nombrar sucesor?

Tales son las cuestiones que desearía ver dilucidadas. Mu-

---

(1) El libro á que aludía es la presente obra, ó por mejor decir, los catorce tomos de la sección titulada *Historia de lo futuro*.

cho le agradeceré que usted se tome el cuidado de contestarlas.—PABLO BADÍA.

Barcelona 11 Marzo 1901».

CONTESTACIÓN.—Nuestro buen amigo Sr. Badía desea solamente conocer nuestra opinión, y vamos á dar algo más.

1.º «Tres siglos después de la apostasía de Inglaterra, ésta se convertirá.» (San Eduardo, rey de Inglaterra, año 1066). De las profecías, dice da Macello, «se deduce claramente que un poco de tiempo antes de la renovación de la iglesia (por el Gran Papa y el Gran Rey), Inglaterra habrá vuelto al seno de la Iglesia ortodoxa, pues como dice el Ven. Bartolomé Carosi, ó Brandano, *Inglaterra estará casi siempre en guerra hasta que adore al verdadero Dios*». (*I Futuri Destini*, V). «No lejos de este suceso (la paz de la Iglesia), Inglaterra empezará á *conmoverse*». (Profecía del P. Necktou, S. J.)

Lo cual se refiere tanto á su conservación como á la guerra boer. Omitimos otros muchos testimonios: á ellos hemos hecho referencia muchas veces en *Luz Católica*.

«Prusia se someterá á la Iglesia. Inglaterra volverá también á la unidad católica». (Prof. de Sor Rosa Colomba). «*Si no se mueve toda la Germania, no se efectuará la conversión de los infieles ni la renovación de la Iglesia*». (Prof. del B. Amadeo).

Juzgando de lo presente con relación á lo futuro, el renacimiento católico de Inglaterra nos parece muy consolador; pero el de Alemania se nos antoja aceite para echar al fuego del próximo cisma general. Algo llevamos indicado sobre el abominable papel que desempeñará Alemania en dicho cisma; tendremos ocasión de extendernos más.

2.º Entre líneas lo hemos indicado varias veces. Añadiremos que, habiéndole tratado, pudimos estudiarle un poco; nos parece simpático y popular... y con todas las *cualidades* de su raza. *Se necesita de otra cosa*. Sin embargo, tiene una gran misión que cumplir, y no es la que se piensa. ¿La cumplirá?

3.º Detestable. Sobre esto nos extendimos en varios números de *Luz Católica*.

4.° El que todo lo ha de arreglar, no es maravilla que arregle eso fácilmente. Y adviértase que el ser sacerdote no quiere decir que ha de ejercer el ministerio ni vestir hábito talar. Tenemos por cierto que no convendrá lo uno ni lo otro. A mayor abundamiento, dijimos en el núm. 6, pág. 84, col. 2, nota 2, de la misma revista:

«De este y otros muchos pasajes, así de San Francisco de Paula como de otros profetas (los hemos citado y citaremos otros), se deduce que el Gran Monarca español será eclesiástico, bien en ejercicio (creemos que no) como el Regente Cardenal Cisneros, que tanto exaltó la Patria, bien sin ejercer ó teniendo el estado de los reyes Casimiro I de Polonia y Ramiro II de Barcelona, ambos salidos del Claustro para reinar».

Y tuvieron descendencia. Véase, por añadidura, el art. III del presente capítulo, y art. IV y V del XV.

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901).

II

Ignoto regi.

Todos esperan «un hombre», todos claman por un Rey que salve la Patria. ¿Quién va á ser el Rey? Uno había muy señalado, y de ese desconfían ya hasta sus leales. ¿Quién será el Rey? Nadie lo sabe.

Nadie lo sabe, pero todos le prevén y le desean: le prevén y le desean, y en sus corazones le rinden un culto de amor: *Ignoto regi*.

Pero si eso mismo que ellos prevén y desean se lo anuncian los profetas y les descubren quién es, dónde está, cuándo debe aparecer y ser de todos conocido, entonces se burlan de los profetas. Así se burlaron de San Pablo los atenienses.

«Consumíase interiormente el espíritu de Pablo, viendo la ciudad de Atenas entregada á la idolatría, por lo cual disputa-

ba en la sinagoga con los judíos y sus prosélitos, y todos los días en la plaza con los que allí se le ponían delante.

»También algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos armaban con él disputas; y unos decían: ¿Qué quiere decir este charlatán? Y otros: Este parece que viene á anunciarnos nuevos dioses...

»Al fin le llevaron al Areópago diciendo: ¿Podremos saber qué doctrina nueva es esta que predicas? Porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído, y deseamos saber á qué se reduce eso.

»Puesto, pues, Pablo en medio del Areópago, dijo: Ciudadanos atenienses, echo de ver que sois supersticiosos ó muy nimios en todos las cosas de religión. Porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestos dioses, he encontrado también un altar con esta inscripción: *Al Dios no conocido;* IGNOTO DEO. Pues ese Dios que vosotros veneráis sin conocerle, es el que yo vengo á anunciaros.....

»Algunos se burlaron de él, y otros le dijeron: Te volveremos á oír sobre esto en otra ocasión... Sin embargo, algunos se le unieron y creyeron, entre los cuales fué Dionisio el Areopagita y cierta mujer llamada Dámaris con algunos otros». (Act. cap. XVII).

(*Luz Católica*, núm. 54=17 Octubre 1901).

Y á propósito de profecías y algo que con ellas se relaciona, prevenimos por caridad á más de un infeliz presumido, que inútilmente estampan sus despechos y sus ignorancias en papeles públicos con vehemente deseo de mancillar nuestra reputación y hacernos bajar á su rastrero nivel, para que con ellos nos midamos: no se cansen en provocarnos, pues todo lo que de nosotros podrán conseguir es el desprecio de su presunción y atrevida necedad. *Ne respondeas stulto juxta stultitiam suam*, nos aconseja el Sabio. Y por lógica contraposición á la frase de Iriarte, añadimos que «si el necio no aprueba, mejor».

Algún caso podemos hacer de otros menos desgraciados en talento, porfiadores de que el pobre autor de estas líneas se tiene por un Monarca grande, grandísimo, ó máximo entre los grandísimos. Tomamos sus cuchufletas en lo que valen, por lo que atañe á nos-